

Pedro Ruiz Torres
Universitat de València

EL MARXISMO Y LA HISTORIA

1.- La tradición científica.

Todo saber con pretensión de ciencia se constituye en torno a unos «paradigmas», a unas «matrices disciplinares», a unas «problemáticas». En cualquier campo científico del conocimiento, la investigación se inicia y se desarrolla dentro de tradiciones de pensamiento teórico. Estas tradiciones de pensamiento son menos la consecuencia lógica de la superioridad «empírica» de la teoría en un momento dado, cuanto el resultado de unos compromisos históricos y sociológicos a los que se adhiere una comunidad de investigadores por razones muy diversas: por los intereses de todo tipo que despierta en ellos una misma problemática; por las implicaciones éticas, ideológicas y políticas que comporta; por determinadas creencias y concepciones del mundo y de la sociedad que se aceptan de antemano, etc. Junto a ello, la adhesión a un paradigma científico responde también al convencimiento de que este paradigma tiene más posibilidades que otros de cara al desarrollo de la investigación en aquellos temas que se han considerado importantes o interesantes.

Aceptemos que una tradición científica nos proporciona un marco teórico de referencia, sin el cual sería imposible realizar una investigación concreta sobre temas determinados. En las ciencias sociales, con frecuencia, esta tradición de pensamiento suele tener un centro, núcleo o embrión teórico, en la obra de unos clásicos a los que, por la calidad de sus propuestas, les concedemos un rango privilegiado frente a otros investigadores. En la obra de los clásicos hay un marco teórico que permite:

- a) seleccionar objetos de investigación interesantes.
- b) formular preguntas y plantear problemas derivados de problemáticas que merecen ser investigadas y mueven a desarrollar diversos tipos de investigación.
- c) buscar, organizar, analizar, interpretar, etc. los datos relacionados con el problema unido al objeto de estudio.

Un marco teórico se compone de un vocabulario (términos, conceptos, categorías con significados precisos y aceptados) y de unas generalizaciones (leyes, enunciados teóricos generales admitidos como ciertos, hipótesis de trabajo, proposiciones, axiomas, etc.), que se imponen inicialmente a los investigadores de un modo «dogmático» (es decir, no están constantemente cuestionadas como punto de partida) y que resultan la condición misma del desarrollo del conocimiento, que de este modo no se ve obligado a partir constantemente de cero.

2.- El paradigma marxista.

La obra de Marx y de Engels ha creado en las ciencias sociales una tradición de pensamiento científico. Profundamente impregnada de ideología, como lo están todas las grandes tradiciones de pensamiento social, el marxismo ha desarrollado cierto tipo de investigación a partir de unas problemáticas, de unos presupuestos teóricos, de unos conceptos y de unas generalizaciones. La obra de Marx y de Engels intentó fundamentar teórica y empíricamente, de una determinada manera (a través de una concepción que se reclamaba al mismo tiempo dialéctica y materialista), una ciencia de la sociedad, rechazando interpretaciones puramente especulativas que recurrieran a principios metafísicos tales como «el espíritu de la época» o «la idea de una razón universal», cada vez que trataban de explicar el por qué de las instituciones, de las formas jurídicas y del desarrollo de las sociedades y de los Estados.

En este intento de fundamentar científicamente el estudio de la sociedad, Marx y Engels incorporaron también la historia, puesto que concibieron la sociedad como una formación histórica sometida a unas leyes de desarrollo descubiertas a partir del estudio conjunto del pasado y del presente, en una sola ciencia social que era al mismo tiempo la ciencia de la historia.

El estudio de los clásicos, en este caso de la obra de Marx y de Engels, puede hacerse de dos modos:

a) como una «exégesis teológica» (buscando un cuerpo teórico sistematizado que se nos propone como *la teoría*: todo está ya dicho en lo fundamental y lo importante es entenderlo, interpretarlo correctamente; *la teoría* da cuenta siempre de los casos investigados).

b) de un modo científico. De esta segunda manera, la obra de Marx y de Engels resulta un núcleo teórico muy potente (bastante más que un mero método de análisis social), pero no es algo completamente sistematizado, acabado, una receta teórica para dar cuenta de casi todos los problemas que se plantea la investigación. Admite diversos desarrollos, incluso desarrollos contradictorios, e interpretaciones y reinterpretaciones que acentúan distintos aspectos de la propuesta teórica contenida en la obra de estos dos autores.

Es fácil comprobar que ha habido diferentes modos de concebir el marxismo: síntesis teórica en forma de manual (desde la Academia de Ciencias de la URSS a Marta Harnecker, en otro tiempo verdaderas introducciones doctrinarias al marxismo) libros de marxismo en clave cientifista, como ciencia estructurada (*Teoría del materialismo histórico* de Bujarin), o como ciencia estructuralista (Althusser/Balibar); e incluso intentos de conversación a la filosofía analítica de la ciencia (como el de Gerald A. Cohen, *La teoría de la historia en K. Marx: una defensa*). Hay propuestas mucho menos ambiciosas, que se

quedan en meras reivindicaciones de método, de conceptos o simplemente de vocabulario básico. No cabe duda, pese a todas estas formas tan diferentes de concebir el marxismo, que a partir de la obra de Marx y de Engels se ha formado un cuerpo teórico para una ciencia de la sociedad y de la historia, bastante más complejo y diversificado que la caricatura ideológica de quienes se limitan a canonizarlo o a combatirlo (muchas veces los dos extremos se dan en la evolución de la misma persona).

3.- Los fundamentos epistemológicos.

El marxismo concibe la ciencia social como una búsqueda y descubrimiento de regularidades en los fenómenos sociales: leyes que sirven para explicar y para prever. Su método racional de investigación propone una serie de aproximaciones sucesivas a la realidad, concebida como un todo homogéneo y aprehendida en diversos niveles de abstracción por medio de categorías adecuadas a este objeto/totalidad social. Su ruptura con el empirismo ingenuo le mantiene crítico frente a las imágenes engañosas de la apariencia de lo real, una apariencia que falsea la verdad al modelar las superestructuras jurídicas e ideológicas de la sociedad de un modo interesado, con el fin de legitimar su predominio, produciendo una falsa conciencia que aliena al hombre y le impide descubrir el verdadero fundamento del «orden social» en el que vive. El marxismo como ciencia se propone descubrir la estructura oculta y verdadera de lo real (la explotación económica de unos hombres por otros) tapada por la «superestructura» de intereses ideológicos y políticos «legitimadores» de un orden social injusto y desigual.

El marxismo concibe la ciencia como algo que forma parte de lo real y establece una identificación hegeliana entre lo real y lo racional. Las estructuras que la teoría científica pone al descubierto no son construcciones mentales necesarias para estudiar, siquiera sea como modelos, una realidad compleja y en cierto modo inaccesible a los investigadores por sus múltiples manifestaciones. Son estructuras que existen realmente, que condicionan la vida social de los hombres, que la determinan, que se imponen independientemente de su voluntad o de su conciencia. Son estructuras que muestran el secreto oculto, la verdad objetiva que cambia nuestro conocimiento de las cosas, apartándolo de la ideología y transformándolo en ciencia. Es éste el criterio de demarcación que el marxismo establece entre su mismo pensamiento, como única ciencia, y todo lo demás como ideología, separación que ha sido una barrera de reforzamiento dogmático del marxismo como teoría, con una vertiente positiva: construir un marco teórico compartido y coherente; y otra negativa: cerrarse en sí mismo como única forma de acceder a la verdad. La «verdad objetiva» es concebida, en última instancia, como absoluta y no como

una representación incompleta y condicionada, como una simplificación y una aproximación desde una determinada perspectiva, que requeriría el contraste con otros puntos de vista, lo que nunca ha sido posible en pie de igualdad y siempre se ha encontrado devaluado por esta supuesta diferenciación entre el marxismo, como ciencia, y lo que no es marxismo, como ideología. En esta doble vertiente podemos entender, a un tiempo, los éxitos y los fracasos teóricos del marxismo.

4.- La sociedad y su desarrollo histórico.

Para el marxismo la sociedad es concebida como un todo articulado y jerarquizado, formado por distintos tipos de relaciones sociales. Como sistema de relaciones sociales, la sociedad se encuentra estructurada y condicionada a partir de la economía, más concretamente a partir del modo como los hombres producen sus medios de subsistencia (apropiándose la naturaleza y transformando el medio), producen su vida material y reproducen socialmente, de un modo determinado, su existencia física. El *modo de producción* determina el modo de vida, el modo de ser social.

Un modo de producción se caracteriza por el predominio de unas determinadas *relaciones de producción* que toman cuerpo, materialidad física, en determinadas instituciones (formas de propiedad), requieren para su defensa de determinadas formas jurídicas y formas de Estado, y son legitimadas a través de determinadas ideologías dominantes. Las relaciones de producción son, por ello, mucho más que relaciones puramente económicas: son relaciones de explotación y relaciones de clase; relaciones que explican (determinan de abajo a arriba) la «superestructura» política e ideológica de una sociedad.

Estas relaciones materiales, que se establecen en torno a la producción y a la reproducción de la existencia física, se corresponden con el nivel de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas materiales con el desarrollo material medido en términos de cantidad de energía aplicada por el trabajo humano, directamente a partir de la fuerza de trabajo, o a través del progreso técnico-científico que incrementa la productividad del trabajo y crea las condiciones para el desarrollo económico de la sociedad (en función de unas determinadas condiciones naturales y del grado de división y especialización del trabajo alcanzado). Cuando el desarrollo de las fuerzas productivas entra en conflicto con las relaciones de producción que hasta entonces han estructurado la sociedad, surgen conflictos y luchas de clases con el fin de imponer nuevas relaciones de producción más acordes con el desarrollo material alcanzado, nuevas ideologías, nuevas instituciones y nuevas formas de Estado y de dominio.

El desarrollo histórico de la sociedad se concibe como una sucesión de distintas etapas, cada una determinada por un modo de producción y por el predominio de determinadas relaciones de producción. Semejante desarrollo progresivo, en sentido económico, establece una ley económico-social universal que impulsa la transformación de la sociedad y que ha alcanzado en occidente el nivel más alto (el capitalismo), que permitirá pasar a un nuevo estadio de desarrollo y, gracias a ello, a un nuevo tipo de sociedad (el socialismo). Desarrollo conflictivo (la historia de la sociedad es la historia de la lucha de clases), a través de etapas de crisis y de revolución social, que reflejan la contradicción económica fundamental, pero que se resuelven en grandes cambios políticos e institucionales que abren nuevos períodos en la historia de la humanidad. Ninguna formación social desaparece antes de haber desarrollado todas las fuerzas productivas que caben en el seno de un modo de producción; ni antes de que este desarrollo de las fuerzas productivas haya creado las condiciones materiales para que maduren en el seno del viejo modo de producción nuevas relaciones de producción alternativas. Por ello la transformación de la sociedad es siempre consecuencia de una revolución social (algo mucho más amplio y más complejo que una revolución meramente política), que cambia el modo de producción e impone el predominio de nuevas relaciones de producción más capaces de impulsar el desarrollo de las fuerzas productivas.

5.- El Marxismo y la Historiografía.

A diferencia de la sociología o de la economía, la historia toma como objeto de conocimiento el pasado y no preferentemente el presente. Ello obliga a los historiadores a familiarizarse con unas fuentes, con unas técnicas, con unos métodos de investigación y con una bibliografía. El historicismo y el positivismo fueron las dos corrientes principales que durante el siglo XIX pretendieron una ciencia de la historia, al mismo tiempo que Marx y Engels elaboraban una teoría materialista histórica de la sociedad. El historicismo y el positivismo crearon los fundamentos metodológicos de esa disciplina que llamamos historia y una tradición de estudio y de investigación plenamente institucionalizada a principios de nuestro siglo. El marxismo no sólo no influyó en esta tradición académica sino que fue totalmente rechazado por ella, pero siguió interesándose por la historia, no tanto por el pasado en sí, sino por el conocimiento que la historia le proporcionaba de un presente capitalista que quería transformar mediante la revolución social del socialismo. Lenin en Rusia y Jaurés en Francia son dos ejemplos, de corte muy distinto, de la obra histórica de dos políticos influidos por el marxismo, cuyo eco posterior en la historiografía será muy grande (la cuestión campesina y el desarrollo del ca-

pitalismo, en el primer caso, la Revolución Francesa en el segundo).

Pero la confluencia de historiadores procedentes de diversas tendencias historiográficas con la teoría marxista (así como con la obra histórica de Marx, Engels, Lenin, Jaurés, etc.), iba a ser muy tardía y alcanzaría un desarrollo espectacular en los años 50 y 60 de nuestro siglo. A ello contribuyó la apertura de la historia a las «ciencias sociales», proclamada por la «revolución de los Annales», y el surgimiento de una «nueva historia» que se oponía a la concepción tradicional del historicismo y del positivismo. Varios centros de debate historiográfico surgieron en torno a problemas muy relacionados con la teoría marxista, tales como la Revolución Francesa y en general el estudio comparado de las revoluciones burguesas del período moderno, los orígenes del capitalismo desde la dinámica interna del modo de producción feudal o en relación con la expansión del comercio «mundial», las consecuencias de la Revolución Industrial y la formación de la clase obrera, etc. Historiadores de la categoría de Albert Soboul, Rodney Hilton, Christopher Hill, Pierre Vilar, Guy Bois, E.P. Thompson, Eric J. Hobsbawm, etc., han mantenido una concepción teórica marxista y al mismo tiempo han desarrollado una investigación histórica metodológicamente muy plural y enriquecedora. Hasta el punto de que su contribución histórica, nunca tenida demasiado en cuenta por los cada vez más empobrecidos «teóricos» del marxismo «occidental» y «oriental», ha sido lo más importante que ha producido el marxismo en ciencias sociales en las últimas décadas.

Pero precisamente este desarrollo de la historiografía marxista está poniendo a prueba la teoría marxista y produce actualmente una verdadera crisis teórica, a la que han venido a sumarse otros factores. La mejor historiografía marxista, la que representan los autores citados anteriormente, siempre ha estado abierta al debate con otras historiografías y se ha enriquecido constantemente con este contacto. Hasta tal punto es ello cierto que resulta cada vez más difícil hablar de *una* historiografía marxista. La «gran teoría» como un todo, que proporciona la verdad o el único marco adecuado para captar la verdad universal objetiva, la «gran teoría» que se confirma con cada ejemplo, ha sido puesta en entredicho. El marxismo en historia se ha descompuesto en diversos desarrollos teóricos, cuya fertilidad (en contraste con la esterilidad de muchos marxistólogos) se mide a la hora de plantear nuevos problemas históricos, de proporcionar nuevas respuestas teóricas, en un diálogo constante con la investigación y en competencia con otras teorías, que no se rechazan o se ignoran por el mero hecho de ser calificadas como no marxistas o «empiristas». El reduccionismo que suponía explicar la sociedad (cualquier sociedad) desde la economía, olvidando el análisis de otras relaciones sociales tan materiales, además de la economía, como las relaciones de poder o a las relaciones familiares y de parentesco, por ejemplo, se ha visto cuestionado por

una imagen del desarrollo histórico mucho menos lineal y unilateral que la que el marxismo tenía en la época del surgimiento del capitalismo y de la «revolución industrial».

Un paradigma en crisis es también una época de «revolución» en un campo determinado del conocimiento. Quizás sea lo que le ocurre a la historia y al marxismo, cuyo estudio del pasado nunca ha sido ajeno al análisis del presente, de un presente que, hoy en día, unas veces parece abrirse a una nueva época y otras rememorar trágicamente la anterior.